

hirieron mortalmente á un oficial. Sin embargo, viendo el capitán Pearson que no le era posible continuar el combate con probabilidades de éxito amainó las velas, despues de asegurar, gracias á su esforzado valor, la retirada de la flotilla. El *Serapis* era un buque muy superior al *Bonhomme Richard*, pues no solo se habia construido por un excelente modelo, sino que constaba de cuarenta y cuatro cañones, por lo cual el número de muertos y heridos de una y otra parte fué necesariamente muy considerable. Ambos buques sufrieron mucho, mas el *Bonhomme Richard* estaba hecho una criba; tenia ya en la bodega siete piés de agua, que iba subiendo cada vez mas, y por esta razon fué necesario trasladar los heridos, mientras que el teniente del *Pallas* permanecia á bordo con algunos hombres para hacer jugar las bombas en tanto que se preparaban los botes de auxilio. El 25 de setiembre, el agua llegó á la cubierta y se hundió el buque, mas sin ocasionar ninguna desgracia. Solo nos resta decir que la *Condesa de Scarborough* estuvo batiéndose con el *Pallas* por espacio de dos horas, hasta que el capitán Piercy se vió en la precision de amainar (*). El comodoro Jones con los restos de su escuadra volante enderezó el rumbo hácia Holanda y ancló en Texel el dia 23 de octubre. Pablo Jones calculaba que el valor de las presas que hizo con el *Bonhomme Richard* durante su viaje no bajaban de 40,000 libras esterlinas.

Washington habia contado hasta cierto punto con el auxilio del comandante francés, para combinar un ataque contra Nueva-York, pero el mal éxito de las operaciones en el Sur defraudó las esperanzas que le hiciera concebir la idea de la llegada de la flota francesa, y hácia fines de diciembre Washington se

(*) Los detalles de este célebre combate se encontrarán en la *Historia naval* de Cooper, vol. 1, págs. 98-114.

retiró á cuarteles de invierno. Estos se habian elegido convenientemente á fin de no carecer de madera, agua y víveres; y con objeto de proteger lo mejor posible el pais, formáronse del ejército dos grandes divisiones, la del Norte, á las órdenes del general Heath, se situó de modo que pudiera socorrer á West Point con toda aquella parte del pais, y la otra se retiró á Morristown en Nueva-Jersey. En esta posicion, la mas á propósito en concepto de todos para atender á la seguridad del territorio por el Sur de Nueva-York, Washington con la division principal del ejército americano se propuso pasar el invierno (*).

El invierno de 1779 fué sumamente riguroso: los ingleses que estaban en Nueva-York y la isla de Staten no podian ya contar con las ventajas que disfrutaran en otro tiempo, pues con mucha frecuencia carecian de víveres y otros artículos que suministraba el pais. Para empeorar su situacion Washington dispuso sus tropas de modo que pudieran interrumpirse la comunicacion entre la guarnicion inglesa y los habitantes que llevaban socorros, y esto ocasionó varios encuentros en que siempre morian algunos. Si Washington se hubiera visto apoyado como deseaba, es muy posible que hubiese intentado alguna empresa, aprovechando el momento en que las fuerzas inglesas eran

(*) «Las operaciones del enemigo en esta campaña, decia Washington escribiendo á Lafayette, que estaba en Francia, se han reducido á la construccion de algunas obras defensivas, á establecer un puesto militar en King's Ferry ó incendiar las indefensas ciudades de New-Haven, Fairfield y Norwalk en el Sound, donde nada podia oponerse á los invasores mas que las súplicas de las mujeres y los niños, que fueron inútiles. Despues de esas notables hazañas no se han separado nunca de sus fortificaciones. El cómo se ha de llevar á cabo la conquista de América, observando semejante conducta, no es cosa que fácilmente se pueda comprender, pues esto es demasiado profundo para una inteligencia vulgar y aun para los políticos rutinarios.»

muy poco numerosas á consecuencia del rigor del invierno; pero no podia emprender nada en gran escala, pues su ejército no solo era inferior en número al de los enemigos, sino que carecia de los víveres necesarios y especialmente de un buen equipo para proseguir las operaciones durante el invierno.

La historia de aquellos tiempos, en que tan rudas pruebas tuvieron que sufrir algunos hombres, seria en cierto modo incompleta si nos limitáramos á la sencilla narracion de los sucesos. Las operaciones militares de la época constituyen solo una parte que no debe ignorar ninguno de aquellos que quiera saber la verdad de la historia, formando un juicio exacto de los amargos contratiempos con que tuvieron que luchar nuestros padres hasta dejar asegurada su independencia. Nunca mas oportunamente que ahora podriamos hacer algunas observaciones sobre puntos de que no hemos tratado aun al referir la historia de la revolucion americana.

Ya hemos hablado anteriormente acerca de la reaccion que se verificó en el ánimo del público á consecuencia de la alianza francesa. Al principio no tuvo límites el entusiasmo del pueblo, y todos se mostraron dispuestos á no perdonar sacrificio alguno en favor de la causa del pais, pero como la lucha se prolongaba, como no se veia el fin de la guerra, comenzó á resfriarse el ardor de muchos y se estinguió su entusiasmo. Despues, cuando Burgoyne se rindió al fin y se celebró la alianza con los franceses, creyóse en general que la guerra habia concluido virtualmente, y que Francia terminaria la lucha con Inglaterra en tanto que América se dedicaba á recoger el fruto de la victoria.

Washington y sus compañeros tenian so-

brado criteriõ para no alarmarse ante aquel estado de cosas, y viendo cuanta era la extension del mal, no perdonaron medio alguno para buscar un eficaz remedio. Recurrieron primero á las exhortaciones, evocando el recuerdo de pasadas glorias; hicieron presente la necesidad de no indisponerse con los aliados, y hablaron en fin de los peligros que aun amenazaban al pais por las intrigas de Inglaterra, pero todo fué inútil porque el pueblo, dejándose dominar por la apatía y la indiferencia, deseaba abandonar á la casualidad sus mas queridos intereses, sin que nada al parecer fuera suficiente para excitar su valor, energía y actividad.

El reclutamiento de las tropas iba haciéndose con la mayor pesadez y lentitud, y los soldados que estaban á las órdenes de Washington, unos porque habia terminado el tiempo de su enganche y otros por estar cansados del servicio, desertaron de sus banderas y se volvieron á sus casas. ¿Y cómo podrian llenarse estas bajas cuando apenas se encontraba quien quisiera contratarse por tres años ó hasta el fin de la guerra, segun lo acordado últimamente por el Congreso? Enganches por menos tiempo no servian de nada en aquellas circunstancias, ni se debia esperar resultado alguno de semejante recurso, y por otra parte, hacer una quinta obligando á los ciudadanos á ingresar en las filas, se juzgó que era una medida demasiado peligrosa en aquella ocasion. El ejército parecia tambien estar sumido en una especie de letargo, y no fué poca fortuna que los ingleses tuvieran el defecto de ser poco emprendedores.

¿Qué extraño pues que predominase la languidez y la apatía en la campaña de aquel año? ¿Cómo extrañar que Washington se diera por muy contento con evitar una batalla en vez de conducir su ejército

á Nueva-York para realizar su mas ardiente deseo?

Pero no era solo la apatia y la indiferencia lo que entonces predominaba. Aquella gente que luchaba por obtener la libertad experimentó pronto una ardiente sed de riquezas sin que le importaran los medios de adquirirla fueran los que fuesen, y no se perdonó ninguna clase de abuso para satisfacer tan devoradora pasion. Como sucede con frecuencia en tiempo de revoluciones, acababa de surgir de entre aquella sociedad una raza de hombres que solo trataron de engrandecerse á costa de la miseria pública. Ser independientes ó no serlo, ser libres ó esclavos, todo era igual para ellos con tal que pudieran enriquecerse sobre el Estado. En tanto que los buenos ciudadanos gastaban su vida en el campamento, cumpliendo con los mas árduos deberes; mientras que consagraban á su patria su tiempo, sus riquezas y hasta su misma existencia, aquellos insaciables ladrones ocupábanse tan solo en explotar la riqueza pública y las fortunas privadas. Todos los contratos particulares llegaron á ser el blanco de la usura y de infames especulaciones; cometieronse repetidos fraudes cuando se trataba de suministrar viveres al ejército; el Estado pagó con frecuencia lo que nunca obtenia, y todos aquellos que se hacian culpables de semejantes abusos vendianse como amigos de su patria haciendo gala de su celo con refinada hipocresía. Aquellos miserables, que al parecer hallábanse animados del mas ardiente patriotismo, eran en extremo peligrosos, pues á los ciudadanos eminentes ó que desempeñaban algun cargo público los denunciaban como Tories ó realistas vendidos á Inglaterra, cuando rehusaban asociarse á sus rapiñas, como si creyesen que el primer deber de los que gobernaban en aquella épo-

ca la república, era llenar los cofres de hipócritas y miserables patriotas. Y no es de extrañar que se alabasen á sí mismos porque no existió nunca ladrón alguno que no haya sido un pillo y un tramposo, pero lo que sí es de admirar y apenas se concibe, es que semejantes hombres encontraran cómplices y personas que se dejasen engañar. Aquella peste pública que iba cundiendo diariamente llegó á gangrenar hasta el corazon del Estado; los buenos guardaron silencio, los infames se engrandecieron sin igual descaro, y todo presagiaba en fin una próxima ruina que hizo concebir esperanzas á Inglaterra.

Triste es recordar estas cosas; triste es pensar que la corrupcion, la inmoralidad y la mala fe reinaran despóticamente en aquella época. La pobreza del gobierno y la necesidad de adquirir fondos para salir adelante fueron causa de que se hicieran enormes emisiones de papel moneda, que llegó bien pronto á perder casi todo su valor, pues los ingleses con maligna crueldad introdujeron en la circulacion un considerable número de billetes falsos. El valor del metálico aumentó de dia en dia; la integridad y la buena fe se relajaron; violáronse con frecuencia los contratos, y el gobierno, tomando parte en estos fraudes pecuniarios, se vió en la precision de tolerar los abusos de sus agentes y amigos. Hubo muchos que no tuvieron el menor escrúpulo en obligar á sus acreedores á que recibiesen el papel continental por el valor que representaba y si bien algunos se resistieron al principio á cometer semejante bajeza, como el mal se propaga mas fácilmente que el bien, muchos ciudadanos imitaron el ejemplo y el contagio llegó á ser general. El mismo Washington fué victima de esta villanía con que le pagaron algunos á quienes habia socorrido generosamente en otro tiempo.

Y como si esto no bastara, entre las miserias de aquel tiempo surgió otra nueva calamidad: algunos hombres intrigantes se dedicaron á inventar y propagar noticias mas ó menos favorables á sus planes, y con las cuales especularon sobre el papel, haciendo que el valor de este subiera ó bajara para utilizarse en la compra ó en la venta, y de esto resultó que los que se dedicaban á las artes ó á las operaciones del comercio lo abandonaron todo para dedicarse á negociar en el papel. Enriquecieron los hombres mas bajos de la sociedad; los mas apreciables y virtuosos se vieron bien pronto sumidos en la miseria y la indigencia; la hacienda del Estado y las fortunas particulares sufrieron un gran trastorno, y como consecuencia de tan insaciable avaricia, el contagio de aquella vil pasion atacó á la misma virtud. Los intereses privados hicieron que se olvidase el interés público; muchos mas de lo que pudiera creerse consideraron el amor á la patria como una mera ilusion; nadie quiso alistarse sin que se le satisficiera un premio exorbitante; ninguno se avino á celebrar contratos sin que le produjeran enormes beneficios, y todos en fin, rehusaban aceptar un cargo ó destino sin la seguridad de que se le asignaria un crecido sueldo, permitiéndole hacer operaciones ilicitas. El desorden y la depravacion llegaron á tal extremo, que acaso nunca se confirmó mas deplorablemente aquel antiguo adagio de que, *No hay punto de parada en el camino de la corrupcion* (*).

Pudiera creerse por lo que ya hemos dicho que no era posible añadir ninguna otra cosa al catálogo de los males y miserias á que se vieron espuestos los hombres sensa-

tos y virtuosos que luchaban por la libertad de su pais, pero sentimos decir que no fué así, y que la sed del oro, la mala fe y las violencias no fueron las únicas calamidades de aquella época. El espíritu de partido comenzó á dominar al pueblo de tal modo que hasta los mismos miembros del Congreso descuidaron los graves deberes de sus respectivos cargos para entablar entre sí mezquinas disputas y hacerse mutuamente la guerra dirigiéndose recriminaciones ya sobre la cuestion de Francia ó sobre la alianza con una ú otra nacion. La simiente de la discordia germinó rápidamente en el Congreso y el fruto maduró poco despues de la vuelta de Silas Deane, que llegó á los Estados-Unidos con la flota del conde D'Estaing (*). No discutiremos aquí acerca de los méritos de la cuestion que se suscitó entre los favorecedores y los contrarios de Silas, porque solo es nuestro ánimo dar á conocer cómo predominaba entonces el espíritu de partido y qué funestas consecuencias produjo en el Congreso. El lector que tenga interés en estudiar este asunto dete-

(*) Mr. Elkanah Watson escribia en 1781 lo que sigue:

A mi vuelta de Bruselas, fui á ver al una vez célebre Silas Deane, que se hallaba en Ghent. Era miembro del primer Congreso, hombre intrigante y agente secreto en la corte de Francia, pero se habia desacreditado tanto en esta nacion como en América. Cuando yo le vi habiase espatriado voluntariamente; era misántropo, muy amigo de sacar dinero y mortalmente hostil á su patria. Espresábase de una manera tan enérgica y mordaz al hablar de los asuntos de América, y revelaban sus palabras tanto odio, que al volver á Paris creime obligado á comunicar al Dr. Franklin mi conviccion de que debia considerarse á Mr. Deane como un enemigo tanto de Francia como de América, á lo cual me contestó aquel que ya le habian hablado en este sentido, pero que nunca quiso creer que fuese verdad. Mr. Watson extractó en una nota una carta de Juan Trumbull, autor de *Mc Fingal*, algunas observaciones sobre la vindicacion de Mr. Deane, por las que se esplica en parte qué motivos tenia éste para obrar así en ciertas ocasiones. Véase la obra *Hombres y épocas de la revolucion*, págs. 130 y 131.

(*) Véase la *Historia de la guerra de la independencia*, por Botta, vol. III, págs. 76-91.

nidamente, lo encontrará suficientemente explicado con los documentos necesarios en la obra de Pitkin titulada: *Historia civil y política de los Estados-Unidos*.

Con este ligero bosquejo sobre el estado de los negocios públicos en aquella época el hombre estudioso que desea conocer la historia, comprenderá por qué Washington hubo de luchar con tantas dificultades y

contratiempos, y por qué los verdaderos amantes de su país y de sus libertades tuvieron que lamentar con frecuencia la inmoralidad y vicios de aquella época, desesperando casi de obtener su independencia. ¡Lado sea Dios por haber permitido fueran constantes hasta el fin! ¡Lado sea Dios porque les permitió llevar á cabo su proyecto!

APÉNDICE AL CAPITULO VI.

CIRCULACION DEL PAPEL CONTINENTAL.

En el moderno sistema de hacer la guerra, el dinero no es menos esencial que el valor en el campo de batalla, ó la sabiduría en el gabinete, pues ya es cosa notoria que la bolsa mas repleta decide del destino de las naciones con tanta frecuencia como la espada mas larga. Las rentas creadas por la Gran Bretaña sirvieron no pocas veces para contener los impetuosos arranques de los fundadores del imperio americano, cuando luchaban por su libertad sin medios seguros de defensa; y encontrar un remedio á este mal fué una de las cosas en que se fijó preferentemente la atencion de los mas sabios políticos. El oro y la plata, segun era sabido, solo tenian una existencia ficticia en el país, y no habia cantidades suficientes para atender á los gastos de la guerra, ni era dable traer metálico del extranjero, porque se habian cerrado las vias de comunicacion en el comercio, por haber resuelto voluntariamente el Congreso suspenderlo. Como América no habia pagado nunca impuestos de una manera directa ni tenia gobiernos establecidos, y como luchaba en fin contra lo que fué luego una autoridad ilegal, no podia imponer inmediatamente una contribucion, con tanta mas razon cuanto que si se luchaba para no pagar aquella, crear impuestos adecuados á las exigencias de la guerra parecia inconveniente aun cuando hubiera sido practicable. El único medio que quedaba pues era emitir letras de crédito, representando un valor que debería luego satisfacerse en oro ó plata. Habíase adoptado esta costumbre desde el establecimiento de las colonias, y observando las debidas restricciones, siempre resultó ser muy ventajosa semejante medida. Asi pues, cuando en junio de 1775 se resolvió organizar un ejército, acordóse acto continuo emitir letras de crédito por valor de dos millones de duros, á cuya suma se añadió otro millon en 25 del mes siguiente. El pago de esta cantidad debía cubrirse por las diversas colonias confederadas y se dispuso que cada una de ellas satisficiera la cuota que le correspondiera en cuatro plazos anuales á empezar desde el día último de noviembre de 1779, en cuya fecha se esperaba que ya estaria terminada la lucha. Habiendo hecho el Congreso el 29 de noviembre de 1775 un cálculo aproximado de los gastos ocurridos y que pudieran ocurrir para sostener la guerra hasta el 10 de junio de 1776, acordóse emitir de nuevo una suma de tres millones de duros que

se satisfarian en la misma forma que las otras cantidades, es decir, en plazos anuales, á contar desde el mes de noviembre de 1779, resolviéndose al mismo tiempo que cada colonia abonase la cuota que estuviera en relacion con el respectivo número de habitantes. Este cálculo se hizo en la creencia de que antes del día 10 de junio de 1776 se llevaria á cabo un arreglo, y por lo tanto todos los contratos que entonces se hicieron para reunir hombres y dinero se sujetaron á un plazo fijo, y se fundaban en la supuesta probabilidad de una reconciliacion. A principios de 1776 el Congreso tuvo noticia de que la Gran Bretaña acababa de enganchar diez y seis mil mercenarios extranjeros con el fin de someter á la América, y entonces se hizo necesario continuar la defensa hasta el día 10 de julio próximo, por cuya razon en 17 de febrero de 1776 se emitieron cuatro millones de duros, y el 9 de mayo y 22 de julio siguientes otros diez con las mismas condiciones. Tal era la animacion que reinaba en aquella época que todo el papel que se emitió representando un total de veinte millones de duros, circuló durante algunos meses sin experimentar ninguna baja, y gracias á esto se pudo atender á los gastos del país y al servicio público con la misma suma de oro y plata que antes habia. Durante mucho tiempo los Estados-Unidos, aun cuando no tenian fondos para realizarlo, obtuvieron tanto beneficio de este papel, creado por ellos mismos, como si se les hubiera dado la misma cantidad en metálico, y mientras que el ministerio inglés se revolvió en todos sentidos y apelaba á todos los medios para crear impuestos á fin de adquirir recursos, el Congreso los encontraba con un papel de ningun valor intrínseco.

Pero habiéndose declarado la independencia en el segundo año de la guerra, y no siendo ya el mismo el objeto con que se empuñaron las armas en un principio, era evidente, no solo que se necesitaba mas dinero, sino que las letras de crédito se multiplicarian en la circulacion, bajando por lo tanto su valor. En su consecuencia, acordóse en 3 de octubre de 1776 contraer un empréstito de cinco millones de duros, y en el mes siguiente establecióse una loteria para obtener mayores sumas; pero los gastos de la guerra eran tan exorbitantes, que aun cuando se recogieron grandes cantidades de metálico no hubo bastante para cubrir aquellos. Los hombres del gobierno de América creyeron aun